

Carta a Unamuno*

José María Pérez González

Ilmo. Sr. Presidente,
Sras. y Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

Mis palabras de gratitud por la honra que me procuráis invitándome a acompañaros como miembro de esta ilustre institución serán más sentidas que formularias. Creedme si os manifiesto que constituyó para mi una sorpresa la propuesta de nombramiento, porque como no tengo méritos académicos significativos tampoco acariciaba esperanzas infundadas. Los académicos que conozco son ilustres personajes que hacen de la investigación, de la escritura o del ejercicio de las Bellas Artes el motor de sus vidas y a tan nobles tareas dedican lo mejor de su tiempo con incansable tenacidad, paciencia benedictina y probada eficacia. Alejado estoy de la práctica de estas nobles virtudes merced a la presurosa vida que llevo, inmerso como me hallo en un ajetreo constante que me lleva a obrar en disciplinas diversas, con más entusiasmo que profundidad y mayor curiosidad que dedicación. Este constante ir de la Ceca a la Meca me roba el sosiego, la paciencia y la constancia necesarios para alumbrar obra literaria, artística o investigadora merecedora de distinción.

Practico a diario, como bien saben sus ilustrísimas, el oficio de hacer caricaturas a modo de garabatos y todo mi ingenio consiste en realizarlas austeras de trazo y someras de texto, buscando dibujar el contenido del alma con la expresión del gesto y a ser posible con el menor gasto de tinta y de tiempo. Y también ejerzo el oficio de arquitecto que en los tiempos que corren gasta más horas en trámites, viajes y concursos que a ninguna parte llevan, que en proyectar y dirigir obras verdaderas. Estas, que suelen ser, en su mayor parte, de rehabilitación de ruinosos edificios antiguos, ya pagan por sí mismas tanto en prestigio como por el placer que produce ver renacer de sus cenizas monu-

* Texto del discurso pronunciado con motivo de su recepción pública como Académico Numerario de la Institución el día 3 de marzo de 2000.

mentos que se llenan de vida para el disfrute de nuevos moradores como para además merecer honores académicos.

El nombramiento que me proponéis es como las rogativas que se hacen no porque llueve sino para que llueva. Equivale, por tanto, a esa inesperada buena nota que pone el profesor bondadoso a un alumno que se disipa en demasía para animarle y estimularle a aplicarse y concentrarse en tareas más provechosas que las que de ordinario acomete. Lo percibo como señal que el destino pone en mi camino para que me oriente, no porque investigo sino para que investigue, escriba y trabaje con la constancia y método que se requieren para dejar obra escrita que pueda servir de deleite y provecho al prójimo.

Para ello debo de vencer una pereza congénita que hace honor al Pérez de mi apellido, y que a mayor abundamiento es el anagrama de mi seudónimo: Per y Dis o lo que es lo mismo: perezoso y disipado. Prueba de ello ha sido el titánico esfuerzo que he tenido que realizar para dar cumplido término a la redacción de este texto.

Me consuela saber que no que no soy el único a quien esto acaece, puesto que se comenta por los madriles que hay un famoso y reputado pintor que lleva varios años posponiendo la lectura de su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por timidez o por no ser de su oficio el arte de escribir y pronunciar discursos.

Agradezco de antemano los caritativas y afectuosas palabras que en el suyo de contestación, va a desgranar en mi descargo mi querido y admirado amigo Don Angel Sancho cuya dedicación a los menesteres sagrados ha sabido compaginar con una vida entregada a la defensa, estudio, catalogación, divulgación y puesta en valor del patrimonio cultural de la Iglesia en una acción sostenida y constante que mantiene desde que le conozco. Muestras significativas de su entrega a estas labores son su magna obra El Arte Sacro en Palencia y la creación del Museo Diocesano realizados simultáneamente con la su tarea de misionero y guardián del patrimonio de la Iglesia. Con Sebastián Battaner y el llorado Velicia ha sido uno de los pilares sustentantes de la ciclópica empresa de Las Edades del Hombre que descuella con méritos propios como uno de los más conseguidos y deslumbrantes acontecimientos culturales y religiosos de los últimos lustros y aún ha encontrado tiempo para participar activamente en el Plan para la Restauración integral de las Catedrales Españolas. A buen seguro que agrandará méritos, ensalzará labores y pregonará virtudes que su benevolencia y afecto han creído ver en mi trayectoria vital.

Otra cosa no he hecho que seguir, como tantos otros el camino que con su ejemplo y dedicación nos iba señalando en el gratificante campo de la preservación y valoración de nuestro legado cultural.

Las tareas que he emprendido en estas materias me han permitido aprender mucho más de lo que he podido enseñar y me han dado la posibilidad de disfrutar mucho más de lo me han obligado a sufrir. Otra cosa no he hecho que cumplir el cuarto mandamiento de la ley que manda, como se recitaba en la catequesis, honrar padre y madre y por extensión a la patria chica. Y no tanto como una obligación sino como la mayor de las devociones. Si grande es, en efecto, mi apego a la tierra palentina, y mi vinculación a los ámbitos de la infancia, mayores son empero mi cariño y admiración por sus gentes. De ellas percibo en correspondencia, gratitud y simpatía en dosis exageradas. Estos afectos que a buen seguro me profesáis los académicos y amigos aquí presentes os indujeron a hacerme un sitio en medio de vosotros. Gustoso a la vez que sumamente agradecido lo acepto, animado por el provecho en saber y conocimiento que podré adquirir estando al lado de todos vosotros.

Es momento también este de recuerdos y gratitudes para otras muchas personas con las que siempre estaré en deuda, entre las que quiero destacar a mi padre Froilán Pérez Mier que fué guardamontes, y siempre geólogo y soñador que me enseñó a contar las estrellas y nombrar las cumbres de la Montaña Palentina y la geografía del mundo para animarme a descubrir otros horizontes. Eremita de temperamento plantó una casa y sembró un calero a un tiro de piedra del cristalino arroyo que se escapaba entre las tapias del Convento Caído de Aguilar.

También recuerdo a su hermano, mi tío Don Laureano, canónigo de la catedral como Don Angel, que se pasaba la vida estudiando, jurista, hombre recto, cabal y justo, que era el tío cura que estaba en la capital para sacar de apuros a los sobrinos, y nos acogía en su casa donde nos pasaba el Criterio de Jaime Balmes para cepillarnos los grillos que llevábamos en la mollera cuando emigrábamos a la capital.

En su piso de Madrid conocí al erudito de antigüedades, poeta de santorales y patriota de antes, Miguel Angel García Guinea que frecuentaba a mi tío en busca de consejo de amigo y prólogo de eminencia para su tesis sobre El Románico Palentino, libro de cabecera de curiosos y eruditos que ya ha dado varias veces la vuelta al mundo de las ediciones. En sus páginas, reclamaba para Santa María la Real la presencia de un buen samaritano que sacara al monumento de la vergonzosa ruina. El ha sido samaritano del samaritano y

además compañero, consejero y guía espiritual y garantía académica del Centro de Estudios y de la Enciclopedia del Románico, asumiendo por ello mas riesgos de los que la prudencia dicta.

Como no tener un recuerdo emocionado para Santiago Amón, que arengaba a los romeros del norte: ¡canten todos... el himno de Palencia! sabio profesor de todas las grecias, garcilaso de los canecillos y de las arquivoltas, berceo de los pórticos y de los ábsides, santillana de las choperas y de los prados, aristóteles de los soportales, cicerone de las romerías, pregonero de los clavicordios, maestro de los toreros, ingeniero de la palentinía... que se extravió por las nubes cuando se dirigía a Aguilar atajando por las estrellas.

Como Goyo Ruiz, vicepresidente y cronista de los Amigos del Monasterio, alto de porte y recio de cuerpo que oficiaba el voto de pobreza en una vespa y conducía la Santa Misa en las montañas del Sermón de Brañosera en compañía de Jesús de Nazaret de Campoo.

En Francisco Canales encontré al artista y artesano del Renacimiento, zurcidor de vidrieras, domador de bóvedas, equilibrista de arcos fajones, patinador de vigas de hormigón, maestro capaz de convertir en pocas semanas a los labriegos en escultores y presto siempre a apacentar en un oficio noble a las ovejas en peligro de descarriarse, que me enseñó a tener paciencia con las piedras porque a las cornisas que hay en el cielo también las quiere Dios.

En Jesús Mañueco, Enrique Martín y Rafael Martínez, quiero resaltar y agradecer la comprensión permanente y el apoyo de autoridades y funcionarios a las actividades de la Asociación y Fundación Santa María la Real y su apuesta por divulgación y salvaguarda de la cultura y el Patrimonio de Palencia.

Y qué decir de Maritina Calleja que durante tantos años vivió enhebrando la dedicación a su familia, la pasión por el Románico, y el compromiso con sus ideas con el cuidado de la institución que nos acoge; a pesar de las intermitencias que implacablemente le imponía la restauración de su salud.

En las personas de Manolo Cecín, Ursi y Rafael Paradelo amigos del Monasterio, peregrinos de los conciertos, cruzados de las romerías, intérpretes de las conferencias, asiduos compañeros de quebrantos y de alegrías, paisanos cultos, sensibles y desprendidos, inevitablemente entregados a causas perdidas como la lectura de Machado, la tertulia de San Antonio y el paseo peripatético por el camino que serpea y débilmente blanquea, quiero reconocer y agradecer el apoyo entusiasta de los vecinos de la villa de Aguilar que a

través de la Asociación de Amigos del Monasterio rescataron de las ruinas al Convento Caído y poblaron de romerías el Románico de la provincia.

Don Javier Cortes me enseñó a ponerme las sandalias de la paciencia, la túnica de la tenacidad, la capa del desprendimiento, y el laurel de la curiosidad y Don Enrique Fuentes Quintana repite a los que le rodeamos que toda Inflación es Vanidad, que la Oferta de Bienes Culturales satisface la Demanda del Espíritu, que el Producto Interior Sabio es mucho más valioso que el Producto Interior Bruto, que hay que combatir el Déficit de Ignorancia con el Superávit de Sabiduría, que una Idea llevada a la práctica vale más que mil lamentos esparcidos por los rastrojos. Y que todas las estaciones del año son buenas para sembrar Valor Añadido.

Y finalmente como no reconocer el apoyo infinito de mi familia más cercana, a quien tanto tiempo sustraigo dedicándome a los menesteres por los que me hacéis académico. Mis hijos que crecieron escondiéndose por los recovecos del claustro, midiéndose en las hiladas de los sillares, y descubriendo nidos de golondrinas en las nubes de las claves del cielo de las bóvedas de la sala capitular. Y sobre todo a mi mujer, Leticia que con paciencia monacal acepta mis escapadas y suple mis ausencias, relevándome de mis obligaciones familiares. Es ella la que, sin que yo me aperciba de ello, me sujeta un pié en la tierra cuando tengo el otro en las nubes y suministra el libro que ando buscando cuando me pierdo en los vericuetos de la bibliografía. Ella ha sido el mejor regalo que me ha dado el Monasterio de Aguilar, allí se me apareció en el verano del 82 y me tomó por un frailecillo barbado que se había escapado por los pelos de la desamortización de Mendizabal, y sabiendo a lo mucho que se arriesgaba, tuvo la valentía de aceptarme por esposo.

“BELAR SE DEBE LA VIDA DE TAL SUERTE QUE VIDA QUEDE EN LA MUERTE”... porque hasta una ruina puede ser una esperanza. (Un siglo de anticipación en la visión trascendente del patrimonio de Ruskin, Proust y Unamuno)

*Senado ilustre, el poeta
que ya las musas dejaba,
con el ánimo de serviros,
volvió otra vez a llamarlas,
para que no le olvidéis,
y aquí la memoria acaba.*

Así daba fin Fray Félix Lope de Vega y Carpio a su última comedia que reconocía haber escrito para que su “público” no le olvidara. Mientras se sigan representando sus comedias nadie se olvidará aquel poeta y dramaturgo, que mantendrá vivo el recuerdo de su vida a través de su obra.

En las últimas páginas de *En busca del tiempo perdido* señala Marcel Proust: *Seguramente mis libros, como mi ser de carne, acabarán un día por morir. Pero hay que resignarse a morir. Aceptamos la idea de que dentro de diez años nosotros mismos, dentro de cien años nuestros libros, ya no existirán.*

Podemos resignarnos a morir porque es inevitable, pero no nos resignamos al olvido, porque mientras subsiste algún vestigio de memoria de nuestra imagen, de nuestra vida o de nuestras obras algo queda de nosotros, hasta que sobreviene el olvido que es una forma de segunda muerte, la definitiva y verdadera.

Por eso la promesa del recuerdo imperecedero acompaña en los duelos por los familiares queridos y la leyenda: *Tu mujer y tus hijos no te olvidan.* que significa ni más ni menos: mientras nosotros vivamos, tu recuerdo permanecerá en nosotros para que no tengas la muerte que propicia el olvido.

Haced esto en conmemoración mía, dijo Jesús en la noche que sabía iban a entregarle, y para recordar su figura, difundir sus enseñanzas y celebrar los ritos conmemorativos de su pasión y muerte, han levantado sus creyentes, durante veinte siglos, a lo largo y ancho de todo el mundo, templos, ilustrados y engalanados por las manos de los mayores artistas del mundo, en obras de arte que relataban las escenas de la vida y muerte de Jesús, los hechos y los milagros de los Santos y los Apóstoles o las escenas más significativas de la Biblia.

Y estos templos han sido también, durante varios siglos, los ámbitos privilegiados de solemnes celebraciones de los acontecimientos más importantes de la vida de los habitantes del lugar: En el cuenco de su pila bautismal recibieron la señal de la cruz, al amparo de sus muros celebraron la Comunión de los Santos, bajo sus bóvedas de piedra o artesonados de madera, dijeron el sí en la ceremonia de la boda, y en los recovecos de sus naves sonaron los resposos en el día de su funeral. Y muchas veces al cobijo de su sombra se depositaron sus restos en la última morada, del mismo modo que habían hecho anteriormente sus padres y sus abuelos y bisabuelos hasta perderse su rastro en los vericuetos de los Archivos Parroquiales.

La sed de eternidad como motor de la creación

El impulso creador, la fuerza motora del artista o del genio no es otro que el deseo, consciente o inconsciente, de trascender, de dejar su huella, su impronta, algo de su personalidad o de su alma en alguna obra material que le trascienda, a fin de no morir para siempre sepultado bajo el poderoso manto del olvido; pues como muy bien señalaba Ruskin en *Las siete lámparas de la Arquitectura: No hay más que dos grandes conquistadores del olvido de los hombres: la poesía y la arquitectura*.

Si algo define con precisión la pasión de vivir de Unamuno, que era pasión de pensar, de escribir, de viajar, de luchar, de polemizar, y de vivir comprometidamente eran las ansias de inmortalidad. *San Miguel Bueno y Mártir* es una autobiografía en la que Unamuno describe su lucha interior y la angustia vital que le producían sus épocas de falta de fe y las dudas sobre la existencia del más allá. *Tengo sed de eternidad, y que sin ella me es todo igual. Yo necesito eso, ¡Lo ne-ce-si-to! y sin ella no hay alegría de vivir, ni la alegría de vivir quiere decir nada*.

El ansia de eternidad se manifiesta también mediante la creación artística colectiva. A causa de este anhelo de trascendencia, los seres humanos de las más diversas sociedades, sabedores de la certeza de la muerte terrenal, han dado sentido y memoria a sus insignificantes vidas individuales tomando parte en solemnes festividades rituales colectivas en las que celebraban los ciclos de la naturaleza, las victorias de sus ejércitos, el nacimiento o muerte de sus dioses, reyes o héroes, para los que creaban espacios definidos por edificios emblemáticos cargados de gran contenido simbólico, religioso e iconográfico en cuya construcción no escatimaban esfuerzos ni recursos.

Esa pasión que tan bien describe Unamuno, se manifiesta en el deseo de superar los límites que la materia impone, por ello, el ansia de trascender, el anhelo de inmortalidad, el impulso de elevarse hasta el cielo han sido y serán el alma de todas las artes y sobre todo de la Arquitectura, ¡y de que modo tan sublime expresan estas pulsiones del alma humana las Catedrales Góticas! por su capacidad para crear espacios cargados de luz y de misterio donde simulando superar las leyes de la gravedad, se siente trascender las limitaciones del tiempo y del espacio lo que significa vislumbrar la eternidad.

Decía Vitrubio que *originalidad es volver al origen*. Y para ver que se me ocurría original y de provecho para la redacción de este discurso de neófito me puse a pasear al socallo, por los soportales de la plaza de la villa de Aguilar de Campoó, en una de esas soleadas mañanas de invierno en las que

el sol derrite con parsimonia las estactitas del cielo (que por aquellos pagos llaman candelitos) y lo hacía con la plácida sensación de caminar suavemente por encima de las aguas del tiempo o buceando entre las orillas de los recuerdos de la infancia, cuando al pasar delante del Café Siglo XX acudió a la memoria la visita que Unamuno realizó por tierras palentinas en agosto de 1921 y que relata en *Andanzas y Visiones Españolas*.

Poco ha cambiado la plaza desde aquel viaje. Se perdieron en la postguerra el edificio del Ayuntamiento anejo a la iglesia, demolido para dejar libre de vistas la portada lateral y de paso agrandar la plaza y desapareció el palacio antiguo de los Marqueses de Aguilar en un incendio pavoroso, del que recuerdo a los valerosos albañiles intentando hacer cortafuegos en los tejados y la cadena humana que portaba herradas de agua medio vacías desde la vecina fuente de Asperino y desde la Casacajera, que no alcanzaban ni de lejos a asustar a las llamas. La demolición del Palacio y la subsiguiente construcción de la casona de los Fontaneda, se han borrado empero de mi memoria.

Alguna galería de madera se pasó al campo de los metales y otras cambiaron de forma y color pero estoy seguro que Don Miguel reconocería inmediatamente la plaza si le fuera concedido un año sabático y desde su inquieto descanso del cielo volviera a esta España de hoy para impartir un curso de Doctorado en andanzas y excursiones visionarias.

Patrimonio deriva de patria

Para Don Miguel el concepto de patrimonio nace, se nutre y se desarrolla a partir de la idea de la patria, patria grande que contiene a la patria chica que no es otra que su tierra de nacimiento: Vasconia, Vizcaya o Bilbao. La grande la España eterna, la de Don Quijote y Sancho, la de Teresa de Avila y de San Juan de la Cruz, esa que acaba de perder los últimos vestigios del imperio en el desastre del 98, una España en decadencia y sin rumbo ni misión histórica que cumplir, de la que tanto se duele Unamuno según el mismo refiere en los relatos de sus excursiones por la geografía insular y peninsular.

Pero la quintaesencia de España, para el ilustre rector de Salamanca, al igual que para muchos de sus coetáneos de la generación del 98, es Castilla. Y no una Castilla abstracta y enigmática, una Castilla idealizada y mística sino la Castilla de las comarcas cuyo paisaje hace al paisanaje, como Avila hace a Santa Teresa, esa Castilla que hace a los hombres y los deshace, esa que ha materializado las gloriosas hazañas y proezas del pasado en un rico y variado patrimonio heredado. Pero ¡ay! se duele Unamuno:

Los castillos de Castilla están vacíos, y los nietos de los que los levantaron no es que no los habiten, es que los dejan arruinarse y abatirse a tierra.

Y lo mismo ocurre con los monasterios y con los palacios y casonas y hasta con los escudos de estas; todo este legado que es la expresión más acabada de la herencia se dilapidada y deshace a ojos vistas ante la indiferencia de las autoridades y la apatía de las gentes. Ante lo cual no queda otro escape que el misticismo y la sublimación intelectual en la idealización contemplativa desde la distancia de las cumbres compatible con la pedagogía del artículo periodístico divulgativo, recopilado posteriormente en libro como denuncia perenne de una estado de cosas insufrible para el autor.

Viendo desde una cumbre de las sierras de Castilla desplegarse a mis pies como alfombra en el cielo, desprendida de todo grosero peso de materialidad un vasto retazo del cuerpo de España, me surgía del corazón la confianza de que el Sol que lo curte ha de alumbrar todavía grandes glorias y perdurables proezas. No es posible que por un escenario así no pasen los más excelsos personajes de la tragedia de la historia.

Unamuno sube a las cumbres, a lomos de caballería, y desde allí, alejado del mundanal ruido, al igual que los profetas en el desierto, espiritualiza la tierra, glorifica el pasado e imagina la patria redimida por excelsos personajes de la historia. De este modo se encarna en un personaje cervantino, y se nos muestra mucho más cercano a Don Quijote que al vizcaíno a pesar de su nacimiento e infancia bilbaínos.

La primera honda lección de patriotismo se recibe cuando se logra cobrar conciencia clara y arraigada del paisaje de la patria, después de haberlo hecho estado de conciencia, reflexionar sobre este y elevarlo a idea. Muy cierto que la comarca hace a la casta, el paisaje -y el celaje con él- al paisanaje.

Las fases de elaboración de la idea de patria que Unamuno señala : Contemplación del paisaje, conversión del mismo en estado de conciencia y transformación en idea abstracta nos pueden servir igualmente para la creación literaria que para una obra pictórica. Parecería por ello que Don Miguel se estaba refiriendo a la pintura que más tarde realizaría Caneja como abstracción sublime y luminosa del paisaje patrio de Castilla y más concretamente de Palencia, en los que la el cielo se reviste de la luminosidad de los paños de la tierra y esta se disuelve sus contornos por la inundación incontenible de los reflejos de la luz celeste.

Patrimonio es el sueño hecho piedra

Todo esto es un sueño, ¡conforme! Pero este sueño de piedra, a la luz cernida de la helada, nos dice que el sueño es lo que queda, lo duradero, lo permanente, lo sustancial, y que sobre él, sobre el sueño, como sobre el mar de la olas, pasan rodando nuestros dolores y nuestros goces, nuestros odios y nuestros amores, nuestros recuerdos y nuestras esperanzas. Las olas son del mar; pero las olas pasan y el mar se queda; los dolores y los goces, los odios y los amores, los recuerdos y las esperanzas, pasan y el sueño se queda. Y se queda así, hecho piedra, piedra terrena, pero civilizada, piedra civil, o piedra espiritual, frase acuñada para siempre, monumento aere perennius, más duradero que el bronce.

En este pasaje de gran belleza literaria, Unamuno que bajaba de la montaña, como Moisés iluminado en el Monte Sinaí con las tablas de la ley en la mano después de haber visto a Dios cara a cara, rumiando la idea de la patria, sintiendo constantemente la tensión interior del paisaje del alma, expresa con gran belleza poética la génesis de la idea que alimenta a la fuerza espiritual y vital que impulsa a la creación artística. Porque en lo esencial la génesis del patrimonio es sencillamente un sueño convertido en piedra. Idea hecha materia pero materia duradera llamada a perpetuar la memoria de su creador y del tiempo en que fue concebida para dar fe de su existencia en los siglos venideros. Es el concepto platónico que señala la primacía de la idea sobre la obra y la génesis de esta a partir de la idea.

El gran Miguel Angel exponía en un bello soneto esta misma idea cuando escribía: *No tiene el más grande artista ninguna idea que un bloque de mármol no pueda contener, pero esto solo ocurre a la mano que obedece al intelecto.*

Pero no solamente son importantes los grandes monumentos erigidos para las solemnes celebraciones religiosas, también lo son las viviendas tanto las de los nobles y poderosos como las de los sencillos artesanos.

Si los hombres vivieran verdaderamente como hombres, sus casas serían templos, templos que apenas osaríamos tocar y en los que nos haría sagrados el poder vivir. Ruskin.

También Unamuno sostiene la misma idea sobre el carácter sagrado de la habitación del hombre, que extiende a la ciudad, sobre todo a lo hemos dado en llamar ciudad histórica, cuando está cargada de historia y de memoria. Aunque parece referirse a Salamanca, también su elogio de la vieja ciudad puede ser válido para muchas de las capitales y villas de Castilla.

!Y dichoso de aquel que logra hacer de su casa o de la morada en que su oficio se cumple otro cuerpo más para su espíritu! Y no ya de su casa tan solo, sino del lugar, villa o ciudad en que vive, ¿qué mayor bendición de Dios? No hay para vivir como una de esas viejas ciudades rebosantes de seculares recuerdos cuando se logra encarnar o, si quereis, “empedrar” en ellas, hacerlas cuerpo de nuestra alma. Se nos hace también secular ésta.

La pérdida de uso y el “progreso” causa de la destrucción del patrimonio.

Unamuno tiene la clarividencia de advertir y denunciar que los males del patrimonio heredado no vienen del saqueo de los bárbaros, es decir de las guerras, sino de la pérdida de la función o de la utilidad que los hizo necesarios y de las demoliciones y sustituciones que se producen en aras a lo que se llamaba progreso y nosotros definimos como desarrollo o crecimiento y la razón prosaica por la que se han conservado tantos monumentos no es otra que la utilidad y provecho y los beneficios materiales o espirituales que sacan sus usuarios por cuidar de su conservación, porque como muy bien señala el muy práctico Don Miguel en cuando pierden el uso se mueren de tristeza o de abandono.

Hace cuatro días he vuelto a ver el acueducto de Segovia, esa obra de romanos que es una de las maravillas monumentales de España y uno de sus pocos monumentos de orden civil... Hoy no lleva ya agua, lo han jubilado de su función -¡lástima!- para mejor conservarlo como monumento. Pero es fácil que al no sentir sobre su espinazo el riego dulce de las ninfas de la sierra empiece a sentirse inválido y decaiga más deprisa. El agua, trasportar la cual era su función, ha debido preservarle de la ruina. Porque, ¿qué es lo que ha abatido a tierra, lo que ha aterrado a tantos monumentos? ¿La barbarie de los hombres? Pero los bárbaros suelen ser conservadores. No son ellos los que destruyen lo pasado, sino los que tienen que levantar sobre su suelo el porvenir.

(Por cierto que estos días he visto discurrir alegremente un arroyuelo de agua cristalina por la cresta acantilada del Acueducto de Segovia y me ha parecido la señal infalible de que el acueducto milagroso sigue vivo todavía).

Pero pocos monumentos tienen la suerte de perdurar porque la función, la utilidad no se puede mantener eternamente, las civilizaciones se derrumban, los imperios desfallecen y las sociedades cambian y progresan los ejércitos y fortalezas, muralla y castillos sucumben.

Unamuno, sigue dándole vueltas a la idea y denuncia... *El mismo día que llegué a Segovia había pasado por Madrigal de las Altas Torres... Pero ¡ay!, que las altas torres de Madrigal de las Altas Torres –las de los cubos de las murallas- no son ya ni altas, ni muchas de ellas torres. Como no definden nada, como no soportan nada –salvo algún nido de cigüeñas- las han dejado aterrarse. Su falta de función las ha arruinado. Que hasta una tumba se mantiene mientras guarda los huesos de su habitante de queda y reposo –¡y no para siempre!- pero si hasta el muerto emigra de ella la tumba.*

Pero Don Miguel no indica que otros usos se podría dar a los castillos que han perdido su función para garantizar su mantenimiento. Todavía no había turistas suficientes como para convertir en paradores tantas torres y castillos en ruinas como por entonces había.

La obligación de conservar nuestros monumentos

Aunque principalmente los edificios se conservan por causa de la utilidad y los beneficios que procuran no siempre es así necesariamente, porque pocos edificios han sobrevivido al paso de los siglos y a la caída de las civilizaciones y los que lo han hecho, aunque muchos de ellos no tengan utilidad práctica en el presente son empero los testimonios materiales de las creencias, de los acontecimientos, de la organización, de las costumbres y de las técnicas de los hombres que los levantaron cuya memoria seguirá siempre viva mientras los monumentos que levantaron sigan en pie.

Esto significa ni más ni menos que la herencia material que el pasado ha puesto en nuestras manos no nos otorga la propiedad esas obras, sino que son como la antorcha encendida que obligatoriamente hemos de transmitir luminosa a las generaciones venideras.

Esta idea ya fue expresada con toda precisión y con gran belleza literaria por Ruskin en su obra citada *Las siete lámparas de la Arquitectura* que escribió en 1849 y que por la influencia que tuvo esta obra, hace suponer que estas ideas de Ruskin que ahora nos parecen avanzadísimas, estaban en boga entre las clases más cultas de su época.

“La conservación de los monumentos del pasado no es una simple cuestión de conveniencia o de sentimiento. No tenemos derecho a tocarlos. No nos pertenecen. Pertenecen en parte a los que los construyeron y en parte a las generaciones que han de venir detrás. Los muertos aún tienen derecho sobre ellos y no tenemos derecho a destruir el objeto de su trabajo, ya sea una alabanza del esfuerzo realizado, ya la expresión de un sentimiento religioso,

ya otro cualquier pensamiento el que ellos hayan querido expresar de modo permanente al levantar el edificio que construyeron... De estos derechos se nos ha hecho una investidura, pero pertenecen a todos sus sucesores”

Las ruinas como expresión de la decadencia

Y siguiendo este camino descendente de la montaña al paisaje, del paisaje a la idea, de la idea al sueño, del sueño a la obra, de la obra a la utilidad de la misma, de la pérdida de la utilidad a la ruina, de la ruina a la muerte, de la muerte al sepulcro, del sepulcro a la ruina del sepulcro... llega Unamuno a Aguilar de Campoo y para colmo de pesimismos empapado de las lecturas de Senador Gómez, notario de Frómista, a quien ha visitado en medio de sus achaques en su mismísima casa palentina, Pero es explicable el pesimismo del ánimo de Don Miguel porque viene del páramo.

¡El páramo! ¡Y qué áspera poesía la que inspira! Leed los libros de Julio Senador Gómez, notario de Frómista, hoy vecino de esta ciudad de Palencia -¡y qué rato el que el otro día pasamos en su casa donde le retienen sus achaques!-; leed Castilla en escombros, La ciudad castellana, La canción del Duero, y veréis cuánto de áspera poesía profética, jeremiaca, apocalíptica, contiene la obra de este hombre trágico y vasto y lisiado como el páramo.

Allí se ha provisionado de dosis masivas de melancólico pesimismo y al llegar a Aguilar, no puede ver otra cosa que no sean ruinas, apatía y decadencia o lo que es lo mismo, falta de pasión, de ideas y de alma. Es decir lo que más dolor causa a Don Miguel en un momento trágico para España que después de haber perdido las últimas colonias se halla embarcada en una guerra absurda en Marruecos de la que dice al terminar su jornada aguilareense: *“Y esta España arruinada, entra ruinas de leyendas, mandada recoger para el Museo, ¿va a arruinarse más aún, arruinando a Marruecos? ¿Pretenderá luego conquistar el Sahara fundar un imperio sin hombres? Belar se debe la vida de tal suerte que quede vida en la muerte” dice Aguilar de Campoo.*

A juzgar por la repetición de sus lamentaciones, nada le acongoja tanto, nada le hiere, le ofende, le alarma, y le subleva tanto como contemplar que los monumentos que tanto significan han sido dejados de la mano de Dios y son devastados o por la mano de los hombres o se echan a perder ante su ignorante indiferencia.

Las ruinas del patrimonio para él, la expresión acabada de la negación del espíritu, la muerte de los sueños, el silencio de la historia, la pérdida de valores, la renuncia al futuro, la ausencia de sensibilidad, el olvido de las glo-

rias pasadas, la pérdida de la inmortalidad... es decir aquello que da sentido a la vida digna de tal nombre. Lo único por lo que vale la pena vivir.

En la antigua villa de Aguilar de Campoo, entre ruinas, en esta Castilla en escombros que dijo Senador Gómez, como peregrinos de la historia y de la patria... inocentemente, a ver nada más. A ver, a vivir; a morir, a revivir y también a remorir. A apacentar nuestras desesperadas esperanzas entre ruinas.

Por dondequiera escudos heráldicos, muchos en ruinas, de casas y ruinas de nobleza... Más allá. "Belar se debe la vida de tal suerte que quede vida en la muerte" Si en nuestra muerte de hoy, si en esta trágica modorra, si este acorchamiento del ánimo patrio quedase alguna vida... ¿Pero dónde está?

...En los soportales de la plaza de Aguilar de Campoo se lee: Café siglo XX." Es lo único del siglo XX, el café. ¿Pero eso es de este siglo? Todo un mundo aquellos soportales por donde resbala mansamente, como el Pisuer-ga allí cerca, la historia. Cuando resbala... Allí, al socallo se duerme la vida y alguna vez se sueña. Pero es el sueño de siempre, el mismo cada vez. ¿vez?. No hay más que uno, el rato inmóvil. "Es un sosiego hediondo, como el agua corrompida", dice en uno de sus libros Senador Gómez.

Terrible y despiadado juicio el de Unamuno que en los soportales de Aguilar ve resbalar mansamente perdido el rumbo de la historia, mientras se amodorra la vida y se corrompe el sueño. Semejante a un maldición bíblica es la diatriba contra aquellas pobres gentes que viven entre ruinas al socallo de los soportales soñando la vida, mientras Unamuno se despacha lamentando esplendores perdidos y añorando un pasado glorioso más imaginario que real.

Hasta veinticinco veces cita el vocablo "ruina" en su estancia aguilarrense que aprovecha para convertir a la villa a y sus habitantes en metáfora del estado de postración que para los hombres del 98 tenía la Patria, perdido el imperio y el rumbo.

En este punto andaba en mi redacción de este discurso, cuando los niños que todo lo llenan, invadieron mi estudio para irrumpir que es lo mismo que interrumpir demandando explicaciones sobre el interés de la conservación de los monumentos.

Mi hija Elisa, cuando tenía nueve años acababa de preguntar a su madre el motivo por el que estamos obligados a conservar los monumentos y las obras de arte del pasado. Siguiendo el método aristotélico de enseñanza la madre le devolvió la pregunta.

¿Por qué crees tu que hay que conservar el Monasterio de Aguilar?.

¡Porque lo ha restaurado mi padre!,- respondió sin dudarle la niña.

La sabiduría de los niños no falla. Según el Diccionario de Autoridades de la Real Academia, Patrio es lo que pertenece al padre o proviene de él. Y Patrimonio los bienes y hacienda que el hijo tiene heredados de su padre o abuelos.

¡Muy bien!. Ahora vete al estudio de papá y que responda al resto del cuestionario.

Dice mamá que me expliques por qué debemos de conservar las obras de arte. Es para un trabajo del Cole.

Este tipo de preguntas formuladas a bocajarro por una niño le dejan a uno sin escapatoria, por eso recurrí a la artimaña de devolverle la pregunta con un símil de fabricación casera.

Elisa,-le dije- ¿Qué pensarías de tus padres si en vez de guardar en carpetas todos los dibujos que venís haciendo desde pequeñitos, los romperíamos o los arrojáramos a la basura?

Pues me parecería muy mal.

¿Y si quemásemos los álbumes de fotografías que os hemos ido haciendo desde que érais pequeñines?

Ni se os ocurra, respondió con simulado enojo, porque de mayores no podríamos saber como éramos de niños, ni vosotros tampoco. Perderíamos nuestros recuerdos.

¿Y qué pensaríais de nosotros si tuviésemos un retrato de los abuelos y lo vendiésemos en el Rastro?

Pues que estaríais un poco chiflados,

Vamos por buen camino, -le dije- Creo que tu misma estás dando respuesta a la pregunta que me formulaste, porque las obras de arte son para todo un pueblo o para todo el mundo tan importantes o más que los recuerdos para una familia.

Para redondear la faena me dirigí a la estantería donde amontono los libros de arte y saqué un catálogo con las pinturas de Monet que fuimos repasando cronológicamente como si de un album de cromos se tratara. ¿Te gusta como pinta Monet? Le pregunté.

Claro que sí.

Pues cuando él empezó a pintar de esta manera las gentes no comprendían ni gustaban de su pintura, sólo unos pocos. El enseñó a sus contemporáneos una nueva forma de ver las cosas pintando la impresión que le producían los paisajes, los objetos o las personas, en invierno o en verano. También a nosotros al cabo de más de cien años nos sigue prestando sus ojos para ver el mundo a su manera, nos sigue pasando a través de sus cuadros las impresiones y las emociones que le producían los paisajes que pintaba. Por lo tanto Monet no está muerto porque sigue influyendo sobre nosotros de modo que podemos ver el mundo a través de sus ojos. Para esto sirve el arte, para enseñar a los demás el mundo que llevamos dentro de nosotros y que sin la obra de arte sería incomunicable, de este modo los artistas ensanchan el mundo para que los demás podamos recorrerlo con nuestros sentidos y con nuestra imaginación. ¿Cómo podríamos destruir los cuadros de Monet y negar así el disfrute de ellos a nuestros nietos?

Solo mediante el arte podemos salir de nosotros mismos, saber lo que ve otro de este universo que no es el mismo que el nuestro, y cuyos paisajes nos son tan desconocidos como los que puede haber en la luna. Gracias al arte, en vez de un solo mundo, el nuestro, lo vemos multiplicarse, y tenemos a nuestra disposición tantos mundos como artistas originales hay, unos mundos más diferentes que otros que los que giran en el infinito y, muchos siglos después de haberse apagado la lumbre de que procedía, llamárase Rembrandt o Ver Meer, nos envía aún su rayo especial decía Proust en El tiempo recobrado.

Embalado como estaba tomé un catálogo de pintura inglesa y le mostré esos paisajes luminosos, etéreos y mágicos de Turner.

¿Qué representan estas pinturas para ti?, ¿qué ves en estas láminas?

Pues el mar en el cielo o el cielo en el mar, y mucha luz, repuso como distraídamente.

Tienes que saber que cuando murió Turner dijeron de él: *Con sus ojos, cerrados para siempre en el fondo de la tumba verán la naturaleza generaciones no nacidas.*

En aquel momento de la conversación tuve la impresión de que me estaba poniendo demasiado dramático y en exceso pesado para un niño.

Vaya rollo que te he largado ¿eh? - le dije- tratando de remediarlo.

Un poco rollo sí que has sido, creo que he entiendo algo, pero no se cómo resumir todo eso en mi cuaderno de deberes.

Aprovechando la coyuntura favorable y para reforzar la información solicitada nos fuimos la familia en pleno, al día siguiente, al vecino Museo Arqueológico Nacional, donde los domingos por la mañana se escenifican cuentos para explicar la magia, la historia y las leyendas de una determinada pieza del museo de la forma más amena posible para la comprensión de los niños.

Mientras recorríamos las salas de los romanos pude comprobar con mucho agrado que los niños ya no protestaban como de costumbre cuando visitamos semejantes “establecimientos”, antes al contrario, se iban fijando con curiosidad infantil en collares, broches, espejos, amuletos, camafeos y pequeñas estatuillas y sin que yo me lo esperara en modo alguno me espetó Elisa como poniéndose de puntillas:

¿Sabes papá? Desde que me contaste el rollo aquel de las obras de arte, ya no me fastidia tanto que nos traigais a los museos.

Y quiso la fortuna que la pieza que tocaba explicar en forma de cuento, estaba situada en la Sala de Cultura Medieval, donde no por casualidad, sino porque se los llevaron hace más de cien años, son exhibidos con orgullo un conjunto único de exquisitos capiteles bordados primorosamente en piedra dorada que proceden de un famoso monasterio que visitó Unamuno en Agosto de 1921.

¡Las ruinas de Santa María la Real, convento que fue de premostratenses; Ruinas; Ruinas en las que anidan gollorios y gorriones, piando alegría de vivir fuera de la historia, y allí cerca discurre sobre verdura el agua clara que baja de los riscos calizos. Y las ruinas siguen arruinándose. Faltan capiteles que han sido llevados al Museo Arqueológico de Madrid. Es la tala de la ciencia. ¿Ciencia? Y del mismo modo va yendo España toda al Museo. Y un Museo es el más terrible de los cementerios, porque no se le deja en paz al pobre muerto.” ¿Quedan entre estas ruinas hombres? ¿Queda en los arruinados hombres hombría? Y pensábamos en esa simbólica sandía, fruto de seco, que saca dulce jugo, frescor de agua entrañada, de la reseca roca. Hay agua en el fondo, en el cogollo del corazón rocoso. Hasta una ruina puede ser una esperanza.

Hasta una ruina puede ser una esperanza

¡Qué razón tiene en este punto Don Miguel, porque de las ruinas de Roma surgió todo el Renacimiento, de los escombros del imperio Romano hicieron templos los visigodos y de los capiteles y fustes de aquellas columnas

se sirvieron los árabes para sus palacios y mezquitas, en los sarcófagos romanos y paleocristianos desenterrados se inspiró la escultura románica, de las ruinas de Paestum se alimentó el neoclasicismo y el descubrimiento de las de Pompeya cambió el sentido de la decoración de interiores.

Los padres solemos incentivar la curiosidad de nuestros hijos con preguntas inesperadas, a modo de juego, para que no se nos distraigan o se nos aburran, por eso les dije en aquel solemne momento, delante de aquellos entrañables capiteles que exhibe el Museo Arqueológico Nacional: ¡El que adivine de donde son estos capiteles tiene un premio!

Después de dudarlo un momento Elisa contestó con gran excitación: El Convento de Aguilar, son del convento de Aguilar.

Yo les había visto primero, -dijo lamentándose Froilán- y miraban los capites con embeleso y con asombro como si se encontraran en el Monasterio y en el Museo al mismo tiempo, soldando en sus memoria de arcilla los paisajes de la tierna infancia reciente con el presente intemporal del Museo.

En medio de los capiteles está expuesta la magnífica maqueta de madera esculpida por Ursi y que muestra el estado en que se hallaba el Monasterio allá por los años sesenta. No muy alejado de la dramática e interesada descripción que de él hace Assas, para justificar el arranque y traslado de los capiteles al Museo de Madrid.

El monasterio de Santa María la Real de Aguilar de Campoó, se halla hoy en estado de avanzada ruina, habiendo permanecido como abandonado, sin hacérsele reparación alguna desde la exclaustración de regulares a principios del reinado de Isabel II, y sufrido, por consecuencia, los estragos del tiempo y las depredaciones de los hombres: arrancadas sus puertas, levantado su pavimento, quebrantados sus muros, hundidos sus tejados, bóvedas y techumbres; destrozados sus altares, despojadas sus estancias, abiertos y despedazados sus sepulcros, amenaza lanzar su desencajado maderamen y caería sobre el atrevido curioso que imprudentemente se arriesgue a penetrar en su recinto y sobre los desvalidos o malhechores que en él vayan a buscar incómodo albergue o pasajero asilo, a lo cual se presta por su situación fuera de poblado, y por no tener a sus alrededores más población que una villa harto pequeña y no de numerosos vecindario. La imposibilidad casi absoluta de sufragarse por la municipalidad ni por la provincia, ni aún por el Estado, los cuantiosos dispendios que su restauración y conservación exigirían, al par que, como inútil por el sitio que ocupa y poco conveniente para morada privada por su gran tamaño y monástica distribución, es muy difícil que ningún

particular quiera adquirirle; excluyen aún la más remota esperanza de otro porvenir que si inminente desmoronamiento y total desaparición hasta de los materiales que todavía conserva, en un término probablemente poco o nada lejano.

La realidad prosaica de la visión del erudito y funcionario Assas se impone, todo son dificultades para la conservación del monasterio, pueblo alejado y poco poblado, costosísima e inútil restauración, difícil enajenación por su desmesurado tamaño del todo punto inadecuado para su utilización como vivienda. Todo esto, hasta la exageración interesada que supone asegurar el inminente desmoronamiento y desaparición total del edificio, sirve al arqueólogo para justificar el arranque de unos preciosos capiteles que son de gran provecho para el montaje del, en aquellos momentos, naciente Museo Arqueológico Nacional.

Assas va a lo suyo, es decir, a justificar y razonar a posteriori la ineludible necesidad de arrancar los capiteles o sea el inicio verdadero del despojo como mal menor por la inminencia del desplome. Disculpa esgrimida para llevarse a Madrid unos preciosos y valiosísimos capiteles que son elementos arquitectónicos inmuebles que forman parte indisoluble del claustro del monumento.

Es digno de resaltar lo poco que costó arrancar y lo mucho que cuesta reproducir aquellos capiteles, porque llevamos más de veinte años intentando recuperar para el monasterio de Santa María la imagen fidedigna de aquellos que salieron de Aguilar por ferrocarril y de los que ni siquiera se han podido conseguir unas simples copias por dificultades burocráticas o intereses creados. A pesar de ordenes ministeriales que hemos promovido y proyectos de restauración que contaban con financiación suficiente para reproducción y colocación de dichos capiteles en los lugares más apropiados del Monasterio de Aguilar.

De gran dramatismo es y vivísima y muy sentida la descripción poética y literaria que en la reseña que para España Vieja hace sobre Aguilar de Campoó en Blanco y Negro Navarro y Ledesma en 1905. A pesar de los presagios de Assas, varios lustros más tarde, el monasterio aún seguía en pié, pero la ruina progresaba acelerada por las debilidades que el arranque de capiteles procuraba al equilibrio de los heridos y maltrechos claustro y sala capitular.

... Penetramos en una ruina de ruinas, la más fantástica, la más venerable, la más atormentadora e inquietante que ojos humanos puedan ver: es el Monasterio que probablemente dio origen a la villa, quizás en el siglo IX ó en

el X... Hoy los habitantes de la santa casa derruida son grillos, comadreas y lagartos... Espesas matas de jaramagos, hiedras silvestres, uvas de gato, cardanchas y garbanzos locos abrazan la piedra de color de cuero y tapizan el centro del claustro. Todo allí está roto muerto, desmoronado... La tejavana y el vigamen desaparecieron hace mucho, y los ventanales solitarios, boquia-biertos, claman al cielo inclemente y plañen su abandono y soledad. En aquel recinto donde todo se hunde día tras día, el tiempo trabaja solo, sordo, lento. Lo que fue escalera suntuosa, es hoy una rampa abarrotada de polvo, donde Trepano por las ruinas se llega al coro, en donde cada huella de nuestros pies parece una profanación. Desde él se ve esa cosa tristísima que es una iglesia desamparada y sin altares, en donde retumban las voces insultando al silencio... Huímos de aquella grandiosa reliquia que se deshace, y volvimos al pueblo. Esto visto, no nos queda nada que hacer sino guardar bien el recuerdo, un recuerdo perfumado de anciana poesía, para consolarnos en nuestros días de prosa.

Descripción cargada de romanticismo, un culto ejemplo de relato enmarcado en la decadente atmósfera finisecular, literariamente bello, pero razonablemente distanciado y descorazonadoramente fatalista. Para Navarro Ledesma no queda nada que hacer. En aquellos años se había acuñado para la resignación el dicho: Más se perdió en Cuba. Y el monasterio era una ruina más entre tantas ruinas como había. En cambio, tenían suerte los afortunados diletantes que podían guardar en una cajita de rape el recuerdo perfumando de la anciana poesía.

Porque las ruinas, fragmentos adormecidos de un venerable monumento que se resiste a desaparecer, tenían un enorme atractivo para los románticos que encontraban en su ámbito un sitio para la nostalgia, inspiración para la melancolía, razones para el llanto y el lamento, y pretexto para la meditación. Y sus antiguos muros y bóvedas, aunque heridos por los hombres y desgastados por las inclemencias del tiempo y por el abrazo de la vegetación, nos permiten completar con nuestra inteligencia, evocar con la imaginación y paladar con todos los sentidos el glorioso tiempo pasado que se desvaneció como un sueño, señalando el camino inexorable que toda obra humana por altiva y soberbia que sea terminará por recorrer, pues como señala acertadamente nuestro Jorge Manrique:

*dellas deshace la edad,
dellas casos desastrados que acaecen
dellas, por su calidad,
en los más altos estados
desfallecen.*

Pocos años más tarde es estudiado el Monasterio aguilareño por el arquitecto Lampérez, que, además de analizar pormenorizadamente el edificio y dibujar sus partes medievales, tiene tiempo de lamentarse amargamente del avance de las ruinas, que progresan, no tanto ni tan rápidamente como anunciara Assas que vaticinaba pocos inviernos de vida al Convento, ni tan poco que pueda resistir sin algunos cuidados y protecciones los devastadores efectos de la rapiña de los hombres y el lento pero seguro e implacable destejer del tiempo.

Antiquísimo, célebre y rico fue este monasterio, según quieren y dicen la tradición y la historia: a la altura de su fama corresponde ahora la magnitud de su ruina. Víctima del tiempo y de los hombres, aumentó sus males un absurdo litigio entre dos centros burocráticos que se disputan la propiedad...

Quedan hoy del monasterio de Aguilar de Campoó la iglesia, el claustro y la sala capitular, en ruinas y abandonados. Lo demás es insignificante...Dolor produce la visita a la iglesia monasterial de Aguilar. Bóvedas hundidas, sepulcros abiertos, fragmentos esparcidos; cascotes, hierbas parásitas por todas partes; abandono y profanación, tal es lo que se ve allí...Ruina pintoresca, venerable e interesantísima, el monasterio de Aguilar de Campóo hace soñar al poeta, avergonzarse al patriota y estudiar al arqueólogo...

El estudioso, poeta, patriota y arqueólogo no fue otro que Miguel Ángel García Guinea que con toda lógica, muestra su sensibilidad, y se lamenta sinceramente, en su tesis doctoral sobre el Románico Palentino, del estado lamentable en que se halla el monasterio en torno a 1960: *Santa María la Real de Aguilar de Campoó, antiguo Monasterio premostratense, hoy vergonzosa ruina, fue desde muy antiguo, conocido y estudiado. Pero esto no ha servido, sin embargo, para su conservación, y sobre todo no ha servido para que aquellos que pudieron hacerlo se decidiesen a salvarlo, evitando la demolición de sus muros y el hundimiento de sus bóvedas.*

La desamortización fue para Santa María la Real, como para gran número de monasterios españoles, su definitiva sentencia: el abandono y la indiferencia casi absoluta hacia la ruina, que no tardará en ser total. Y eso a pesar de ser monumento nacional. En vez de cuidar y conservar, al menos

como ruina, los restos de ese viejo monasterio, destrozado, se la ha olvidado completamente, esperando el día en que se venga abajo irremediadamente.

...A mi entender sólo se explica un arranque de elementos arquitectónicos en el caso extremo de una absoluta demolición del edificio. El traslado de los capiteles de Aguilar al Arqueológico no tuvo, en realidad, razón de ser, cuando lo que se debió hacer por las autoridades competentes no es en ninguna manera, la iniciación del despojo, sino la conservación de lo existente, en este caso todo el Monasterio aún, al que podía haber acudido a restaurar con no muchos gastos. Hoy día, sin embargo, dado el estado actual de monasterio, no podemos por menos de alegrarnos de ver intactos unos capiteles que sólo Dios sabe, en otro caso, cual hubiera sido su fin.

La conservación preventiva: el mejor método para conservar el patrimonio

Las reflexiones de García Guinea sobre la obligación de las autoridades de preservar el monumento, al menos como ruina, procediendo a su protección y custodia para evitar la ruina total del noble e histórico edificio, amén de su denuncia del arranque de elementos arquitectónicos se encuentran en total sintonía con la doctrina que sobre de la necesidad de preservar a toda costa los monumentos formuló en 1849 con anticipación asombrosa, clarividente visión de futuro y fecunda pasión por todas las artes el maestro de estética John Ruskin, en su libro *Las Siete Lámparas de Arquitectura*:

El principio de los tiempos modernos consiste en descuidar los edificios y luego restaurarlos. Pues tened cuidado de vuestros monumentos y no tendreis luego la necesidad de repararlos. Algunas hojas de plomo colocadas en tiempo oportuno sobre el techo, el desbrozamiento oportuno de la hojarasca y de las ramitas obstruidoras de un conducto, salvarán de la ruina los techos y los muebles a la vez. Velad con vigilancia sobre un viejo edificio; guardadle como mejor podáis y por todos los medios de todo motivo de descalabro. Contad las piedras como haríais con las joyas de una corona; colocad guardas como lo haríais a las puertas de una ciudad sitiada; unidlas con hierro cuando se disgreguen; contenedlas con ayuda de vigas cuando se inclinen; no os preocupéis de la fealdad del recurso del que os valgáis; más vale una muleta que la pérdida de un miembro; y haced todo esto con ternura, con respeto, con una vigilancia incesante, y todavía más de una generación nacerá y desaparecerá a la sombra de sus muros. Su última hora sonará finalmente;

pero que suene abierta y francamente, y que ninguna institución deshonrosa y falsa venga a privarla de los honores fúnebres del recuerdo.

Y eso que Ruskin era un también un romántico, pero no solo teórico y diletante sino con un gran sentido práctico. Erudito y cultísimo victoriano formuló una avanzada doctrina acerca de la conservación de los monumentos de cuyas aguas bebieron muchos ilustrados en toda Europa y con unas sencillas recetas del más elemental sentido común, probablemente ha salvado más edificios de la ruina que lo que han podido hacerlo tantas costosas restauraciones sin sentido que se practican sin saber el uso o destino que puede tener un monumento, si es que por su emplazamiento o estado puede tener alguno.

Pero también añade Ruskin:

.... Es preciso poseer, no solo lo que los hombres han pensado y sentido, sino lo que sus manos han manejado, lo que su fuerza ha ejecutado, lo que sus ojos han contemplado todos los días de su vida.

Para ello es necesario combatir el desgaste que inevitablemente los achaques de la edad producen en toda obra humana, de donde se deduce la necesidad de la práctica de la restauración para devolver a la obra de arte, o al fragmento recobrado, al objeto conservado, una parte o todo el esplendor oculto o el significado perdido o desdibujado y garantizarle las condiciones de conservación adecuada que le permita ser transmitido como el legado más precioso a las generaciones venideras como testimonio de un tiempo con vocación de eternidad.

Significando esta práctica restauradora el intento de prolongar la vida de la obra de arte para que no sucumba, suministrándole un nuevo impulso vital para asegurar la longevidad, o rescatándole por unos cuantos años de las garras implacables de la degradación para que vuelva a brillar resplandeciente.

Porque si se perdiera esa obra emblemática se desvanecerían con ella la memoria sus autores y todos los secretos, significados y recuerdos que aquella obra y solamente aquella atesoraba en sus entrañas.

Hemos de reconocer sin ambages que los capiteles de Santa María son la joya de la sala de Medieval del Museo Arqueológico, junto a ellos se encuentra la maqueta que el escultor Ursicino Martínez labró por encargo de dicho Museo para actuar como centro y referencia del lugar de procedencia de los capiteles. Tanto la maqueta como la fotografía aérea que acompaña a la maqueta de Ursi está tomada varios lustros después de la descripción de García Guinea.

Ambas dan fe del estado ruinoso en que se encontraba la antigua casa de premostratenses.

La patria del hombre es la infancia

Los niños se fijan siempre en las cosas que les son más familiares, por eso descubrieron de inmediato con gran sorpresa e incontenido alborozo en la fotografía del Monasterio, agazapada junto a la roca, la casa que levantara el abuelo Froilán, y en ese preciso momento, como tocada de una varita mágica, se iluminó para ellos que la contemplaron como el más maravilloso palacio que pudiera haber en el mundo y su valor se agigantó de tal modo ante sus ojos que fuera de sí, gritaron alborozados:

¡La casa del Calero!, ¡está aquí la casa que hizo el abuelo Froilán, junto al Convento, y también está el arroyo que nace en risco junto a nuestra casa! ¡y la posada... están aquí, en el Museo Arqueológico Nacional, para que los vean todos los niños!

¡Qué razón tenía Unamuno cuando decía:

Aquellos paisajes que fueron la primera leche de nuestra alma, aquellas montañas, valles o llanuras en que se amamantó nuestro espíritu cuando aún no hablaba, todo esto nos acompaña hasta la muerte y forma como el meollo, el tuétano de los huesos del alma misma... un tuétano que está hecho con las serenas y nobles visiones de la niñez lejana.

Y sobre todo, ¡qué puede competir con el arroyuelo de nuestra aldea natal, con aquel que bajaba cantando junto a nuestra cuna y brezó nuestros sueños de la infancia.

Pocos instantes después empezó la función de los niños que sentados en el suelo de arremolinaron en torno al músico cuentacuentos que entre romances y fantásticas historias de fantasmas, aventuras de juglares y de caballeros, relataba la triste historia de un palacio castellano del que solo quedaban una cuantas las vigas policromadas.

Mi pensamiento se evadía de las inventadas historias del entretenedor de niños y trataba de imaginar el antiguo esplendor del viejo palacio castellano, con sus poderosos muros de ladrillo y tapial, sus sobrias ventanas recercadas en piedra, sus recios balcones de forja y sus robustos forjados tramados con entrevigados de madera. Tendría a buen seguro un patio con columnas de piedra y zapatas de madera, y sus habitantes lo pintaron y decoraron con tanto esmero que a buen seguro fue la envidia de los convecinos.

Viendo la maqueta y fotografía de las ruinas de tan notable monasterio que todo un Estado debería conservar y preservar, ¿cómo podemos extrañarnos que los propietarios de viejos palacios permitan que estos se arruinen, sea por falta de medios, de sensibilidad o usos para mantenerlos dignamente en pie, o favorezcan su demolición para obtener un solar sobre el que edificar unas viviendas de protección oficial?

Pero esto que no es bueno para el palacio, tampoco lo es para la sociedad que no impide o permite que estas cosas ocurran, ya lo señalaba Ruskin hace más de un siglo cuando decía:

Yo no puedo menos de creer que será un mal presagio para un pueblo el que él destine sus casas a no durar sino una sola generación. Hay positivamente en la casa del hombre una gran santidad que no se podrá renovar en toda habitación que se levante sobre sus ruinas. Creo que, en general, los hombres de bien lo sentirán. Habiendo vivido dichosos y venerables, se entristecerán al fin de sus días ante la idea de que su morada terrestre, que fue testigo de su honor, de sus alegrías y de sus sufrimientos, y que con las unas y los otros casi pareció simpatizar, que la morada llena de recuerdos y llena de objetos amados y marcada con el sello propio deba ser demolida en cuanto haya descendido a la tumba.

El cuento se terminaba y yo buscaba el modo de aprovechar la triste historia del palacio de Curiel para ensanchar la comprensión de los niños sobre la superioridad de las obras de arte y los monumentos sobre otras clases de bienes y sobre la obligación y necesidad de conservarlos a toda costa. ¡qué pena que tiraran ese palacio -dijeron- porque debía de ser muy bonito; y a lo mejor lo tiraron para poner en su lugar una casa bien fea.

Acabado el relato, volvimos a lo nuestro, es decir a los capiteles y a la maqueta y fotografía aérea del Monasterio de Santa María para recapitular sobre la famosa pregunta del texto escolar: ¿Por qué debemos conservar las obras de arte y el patrimonio?

¿Qué pensaríais de mi, Elisa y Froilán, si vendiese la casa de Aguilar, si la dejase arruinar, o si la demoliera para hacer viviendas nuevas?.

¿Cómo ibas a hacer eso con la casa del abuelo? y nos enfadaríamos mucho contigo, y además no creo que te dejaran tus hermanos. Lo dices en broma. Además esa casa va a ser para nosotros.

Y lo dijeron con firmeza y con una comprensión al pie de la letra del concepto patrimonio entendido como herencia que pasa de padres a hijos.

Casi seguro que así será -contesté- pero con una condición: que también vosotros estaréis obligados a cuidar de ella y después de haberla usado, disfrutado y conservado tendréis que legársela en buen estado a vuestros hijos para que siga la cadena.

Los niños tienen una visión del patrimonio directa e inmediata y también mágica, el patrimonio tiene que ver con el padre, la patria chica, la infancia, los recuerdos, los ámbitos de los juegos y de los recuerdos primeros.

¿Seguís pensando que hay que conservar el Monasterio sólo porque lo restauró vuestro padre?

Bueno, por eso, porque es importante y viene en los libros, además porque hay un instituto y un museo y lo visita mucha gente que viene de todos los sitios, y porque tiene nidos de golondrinas que nos enseñabas cuando éramos pequeños.

La despoblación de las zonas rurales: un nuevo peligro para el patrimonio

Cuando Miguel Ángel García Guinea a lomos de una bicicleta visitaba las iglesias románicas para realizar su tesis doctoral sobre el Románico Palentino, aquellos pueblos estaban llenos de gente y los niños corrían alborozados al encuentro del forastero.

Una economía casi de subsistencia –se vivía de no gastar- basada en la agricultura y en la ganadería había permitido la existencia y la continuidad y de pequeños núcleos rurales, relativamente próximos entre sí que algunos casos tenían varias iglesias y ermitas en su término además del conjunto de casas, corrales, casonas, algunos pequeños palacios, quizás una torre defensiva, bodegas o palomares, que conformaban junto con las tapias de piedra el pequeño conjunto rural. El culto era mantenido permanentemente por un sacerdote dedicado en exclusiva a esta misión y junto con los vecinos velaba por la conservación y mantenimiento del templo, del archivo parroquial, de los ornamentos sagrados y de los bienes muebles que todos los templos contienen.

A los habitantes que los poblaban parece referirse Unamuno cuando decía:

Y vive en estos pueblos una casta a la que se está calumniando de continuo; una casta serena y cauta que no avanza un pie hasta que tiene bien asentado el otro, una casta sin impaciencia que progresa paso a paso...

Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta.

A partir de la emigración que acompañó al desarrollo económico de los años sesenta se ha producido tal pérdida de población en muchos de estos pueblecitos, que no solo ya no quedan niños en sus calles y plazas, sino que el envejecimiento de la población avanza de tal modo que dentro de pocos años, las iglesias y ermitas abiertas permanente al culto serán la excepción y no la regla.

De extinguirse el culto en estas iglesias y ermitas, el peligro que se cierne para estos templos es muy grande. El deterioro se inicia por las cubiertas cuando no tienen un mantenimiento periódico, la vigilancia es prácticamente imposible y los templos quedan a merced de los ladrones que roban los retablos para venderlos por trozos y de los de los desaprensivos que arrancan cornisas y capiteles para colocarlos de encimeras en la casa de la capital.

Las circunstancias que vaticinaba Marcel Proust en su memorable artículo *La muerte de las Catedrales* y cuyas desastrosas consecuencias para la conservación del patrimonio conocemos bien en España por la Desamortización de Mendizábal se pueden producir en algunas zonas de nuestra provincia.

Supongamos por un momento -decía Proust- que se ha extinguido el catolicismo desde hace siglos, que se han perdido las tradiciones de su culto. Solo subsisten las catedrales, secularizadas y mudas, monumentos hoy ininteligibles para una creencia olvidada. Un día llegan unos sabios a reconstituir las ceremonias que allí se celebraban en otro tiempo, para las que se constituyeron estas catedrales...

Si hubiera muerto la religión católica. Ahora bien, existe, y para imaginarnos lo que estaba vivo y en pleno ejercicio de sus funciones, una catedral del siglo XIII, no tenemos necesidad de hacer de ella escenario de reconstituciones, de retrospectivas quizás exactas pero gélidas. No tenemos más que entrar a cualquier hora, cuando se celebra un oficio. Aquí la mímica, la salmodia, y el canto no están encomendados a unos artistas. Son los ministros mismos del culto quienes ofician, en un sentimiento no de estética sino de fe, tanto más estéticamente. No se podrían pedir unos comparsas más vivos y más sinceros, puesto que es el pueblo, el que se toma el trabajo de representar para nosotros. Puede decirse que, gracias a la persistencia de la creencia católica en el corazón de los franceses, las catedrales no son únicamente los más bellos

monumentos de nuestro arte, sino los únicos que viven aún su vida integral, los únicos que permanecen en relación con la finalidad para la que fueron contruídos.

Pues bien para que estas iglesias y ermitas situadas en las afueras o medio de nuestros pueblos semiabandonados, corren peligro de desaparecer. Para que puedan seguir perviviendo es necesario que sigan abiertas al culto, aunque sea esporádicamente, y a los visitantes de modo permanente.

Además se hace imprescindible repoblar el territorio para que haya una presencia humana cotidiana que proporcione vida y sentido y garantice la supervivencia de este riquísimo patrimonio que nos legaron nuestros antepasados del medievo. Pero antes de todo sería menester declarar monumento histórico-artístico o como ahora se dice bien de interés cultural a esos contados habitantes que todavía quedan en algunos parajes, puesto que ellos son los auténticos guardianes del patrimonio y con su permanencia aseguran la supervivencia del mismo.

Patrimonio natural y cultural: una visión integradora

Unamuno, como en tantas otras materias se adelantó a nuestro tiempo y estableció esa doble necesidad del hombre como un ser natural y social de integrar armónicamente las cualidades antagónicas del campo y de la ciudad, huyendo periódicamente de esta para volver a respirar los aromas de los campos mientras descansa la vista en el las montañas que se difuminan en el horizonte.

Así llevo la ciudad al campo y traigo el campo a la ciudad, la ciudad hecha naturaleza serena, impasible y noble. Una catedral es también un bosque, y hay paisajes, verdaderos paisajes ciudadanos, sobre todo en las viejas ciudades, en aquellos sobre cuyos monumentos y viviendas han pasado los siglos que sobre un bosque pasan. Cuando una casa ha abrigado generaciones de hombres acaba por hacerse algo campestre.

Nueva utilidad del Patrimonio como recurso económico y fuente de empleo

En los últimos lustros ha emergido con fuerza arrolladora la conciencia de que vivimos en un mundo de recursos limitados y escasos, un mundo que no nos pertenece y que hemos recibido en préstamo, también es pensamiento extendido que la sobreexplotación de estos recursos y la contaminación

que la actividad del hombre acarrea puede incluso poner en peligro la supervivencia de la propia especie.

Se impone por tanto una exploración reflexiva y racional de estos recursos que la naturaleza ha puesto a nuestra disposición. La idea de patrimonio como legado a proteger se ha extendido también a los bienes de la naturaleza, modo que los bosques, los ríos, los campos, es decir el paisaje que ha sido configurado y modelado por el hombre con su actividad durante milenios es digno de protección del mismo modo que lo son los bienes culturales o los conjuntos históricos.

Por ello el patrimonio ha pasado a ser patrimonio cultural y natural y como tal es considerado como un recurso integral cuyo uso disfrute y explotación racional deben realizarse mediante el desarrollo sostenible.

El desarrollo posible y sostenible

Hace falta encontrar, propiciar y asegurar un modo de desarrollo sostenible integrado en una economía moderna basada en el aprovechamiento inteligente e imaginativo de la demanda de bienes de calidad que solamente la cultura, el turismo, la artesanía, y los servicios de calidad proporcionan en las sociedades desarrolladas en que vivimos.

Eso, sin desdeñar las posibilidades de las industrias de transformación no contaminantes y las oportunidades que las tecnologías más avanzadas ofrecen para conseguir nuevas fuentes de actividad productiva que faciliten a los jóvenes la oportunidad que quedarse en sus lugares de origen al finalizar sus estudios pudiendo vivir con dignidad en su tierra.

También es de desear que los que emigraron en su día puedan regresar a sus pueblos, si lo desean, cuando llega la hora de la jubilación.

Que esto es un sueño, pues sí, claro que es un sueño, pero ¿quién le iba a decir a al Rector de Salamanca cuando salía de Aguilar apesadumbrado y desesperanzado contando y cantando ruinas por doquier, que ochenta años después iba a haber un Instituto de Bachillerato con cuatrocientos alumnos estudiando donde antes campaban a sus anchas los gorriones, las hiedras y las zarzamoras? Pensaría que estaba soñando si supiera que aquellos claustros derruidos son sede de la Universidad a distancia o cuando viera llena de maquetas de iglesia las naves donde antes todo era ruina y profanación.

Y saltaría de contento como un niño en la cama si pudiera albergarse en los altillos de la posada del Siglo XXI.

El propio Unamuno dió una pista de por donde podrían ir las cosas cuando al salir de Aguilar en aquella visita tantas veces citada, afirmó: *hasta una ruina puede ser una esperanza*, porque si hasta una ruina puede ser una esperanza...

*Una esperanza se convierte en un sueño.
 Un sueño se concreta en un proyecto.
 Un proyecto se materializa en una obra.
 Una obra se convierte en una experiencia.
 Una experiencia puede ser un camino.
 Un camino puede conducir a una estrella.
 Una estrella puede servir de guía....*

La receta para lograr todo esto la ofrecía el citado Marcel Proust cuando señalaba en *El Tiempo recobrado* que *la obra de arte es el único medio de recobrar el Tiempo perdido....* Y el mismo autor señalaba refutando a aquellos pesimistas que temían que los avances tecnológicos serían perjudiciales para el disfrutes del patrimonio: *Algunos decían que el ferrocarril mataría la contemplación, era inútil añorar el tiempo de las diligencias, pero el automóvil cumple su función y lleva de nuevo a los turistas hasta las iglesias abandonadas.*

Y como todos esos pueblos con sus iglesias y ermitas nuestras no están aún abandonados, todavía estamos a tiempo entre todos de impedir que se arruinen, porque además la belleza intrínseca que poseen con sus elegantes portadas incrustadas de arquivoltas, sus desafiantes espadañas ondeando al viento, sus curvilíneos absides surcando los prados en el horizonte y sus herrumbrosas campanas tañendo silencios al atardecer, son parte indestructible de un paisaje ameno y variado que siembra con esos pueblecillos las laderas de las colinas o los agrupa como rebaños de tierra en los páramos del sur.

Nuestro Patrimonio es nuestro porvenir

¿Qué hacer con nuestro rico patrimonio heredado? Es una pregunta que está teniendo distintas respuestas según la sensibilidad y el grado de desarrollo de la sociedad que la formula.

Hace pocos años desde Francia se lanzó el eslogan *Un porvenir para nuestro pasado* dentro de una campaña muy imaginativa para encontrar alternativas de uso para monumentos sin función en la actualidad.

¡Que inventen ellos! -decía Unamuno.

Pero aquellos ellos somos ahora nosotros, por lo tanto ahora le toca inventar el futuro a nuestra generación.

Aquí y ahora tenemos que inventarnos el futuro: el nuestro y el de nuestro patrimonio. Por eso yo quisiera permitirme la osadía de proponer para Palencia un eslogan similar al francés, pero dando un paso hacia adelante. No nos conformamos con demandar un futuro para nuestro pasado, sino que debemos proponer y asegurar que: Nuestro pasado es nuestro futuro. Esto es nuestro patrimonio es nuestro porvenir.

En los confines de este milenio puede ser posible para muchos de nosotros vivir del patrimonio y con el patrimonio.

Enmarcada en una amena y variada naturaleza, contamos con una rica y singular herencia cultural que, progresivamente, vamos sacando todos del arcón donde encontraba medio olvidada para, cuidarla, disfrutarla y darla a conocer. Es un tesoro sí, pero ya nunca más un tesoro oculto. Y más que un tesoro es una fuente, inagotable surtidor de memoria, de conocimiento, de trabajo y de riqueza que se revaloriza permanentemente y agradece con generosidad los cuidados que se le prodigan devolviéndonos el ciento por uno de nuestros desvelos.

Decía Unamuno que toda España va a para al museo pero dando a la palabra museo el más peyorativo de los sentidos: el de cementerio gigantesco de objetos muertos.

Afortunadamente para nosotros, ahora España entera esta yendo a los museos, pero ya no son los objetos los que son extraídos de su lugar de origen para llevarlos a la capital, como arrancadas de sus pueblos fueron las gentes cuando se vieron forzadas a emigrar, sino que son las personas las que van al museo cuando este es atractivo y comunica con amenidad las piezas que salvaguarda haciendo afortunada realidad la definición más actual de museo:

El museo es una institución permanente, sin ánimo de lucro, al servicio de la sociedad y de su desarrollo, abierto al público, y que realiza investigaciones sobre los testimonios materiales del hombre, los conserva, comunica y expone con fines de estudio, educación y deleitación.

El territorio como Museo

Pero es que además el campo, el territorio, también interesa y los españoles viajan en coche para conocer su patria, les gusta ver la naturaleza

cuidada y descontaminada y el patrimonio conservado, señalizado y puesto en valor y dondequiera que van gustan de ser recibidos con hospitalidad, tratados con educación y servidos en la mesa con calidad y con esmero.

En este sentido Palencia toda es un auténtico y desconocido Museo, como se ha demostrado para sorpresa de muchos con la reciente exposición de las Edades del Hombre que ha deslumbrado por su variedad y riqueza.

Por eso sería conveniente y deseable extender el espíritu y el concepto de las Edades a todos los ámbitos patrimoniales de nuestra tierra poniendo en tal estado de cuidado y amenidad este rico y variado legado artístico y cultural, y propiciando una acogida franca y calurosa a los visitantes de modo que cada pueblo sea un museo, en cada museo una iglesia, en cada iglesia hay un cura, si no hay cura un erudito, cada erudito es un guía, cada guía es un paisano, el paisano un estudioso, el estudioso un cicerone, el cicerone un cocinero, el cocinero en la casa, cada casa una posada, en la posada un museo, un museo en cada pueblo, o cada pueblo un museo, un museo con cocina...

Esta noble causa de poner en valor el patrimonio debería ser un proyecto que integrase a los palentinos en una empresa común como la que incansablemente realizan los ríos Pisuerga y el Carrión que naciendo en las montañas más altas de la provincia y después de recorrer rápidamente, con irrefrenable ímpetu juvenil los arbolados y amenos valles norteños, se toman un respiro a medio camino para suministrar agua al Canal de Castilla o a las frondosas vegas de Saldaña. Un poco más adelante cruzan con respeto no exento de curiosidad y envidia el Camino de Santiago; continúan su discurso mansamente, con nostalgia de montes y prados, sembrando de amapolas los dorados confines de los Campos Góticos y los humildes oteros pardos del Cerrato para después de haberse fundido en un abrazo entre las resplandecientes choperas de Dueñas, alejarse entre los austeros páramos pardos del sur y cantar con entusiasmo las maravillas de Palencia a las curiosas aguas del Duero que esperan impacientes su llegada a la salida de Valladolid.

*Senado ilustre, el poeta
que ya las musas dejaba,
con el ánimo de serviros,
volvió otra vez a llamarlas,
para que no le olvidéis,
y aquí la comedia acaba.*